

La casa del pan

"El pan que necesitábamos teníamos que ir a buscarlo, andando o en burro, a casa de "la Castellana", en El Cubilar. Esa mujer, Agustina se llamaba, amasaba para los pastores y los agricultores, y tenía vino, pollos, conejos ..."

No sabemos muy bien cómo, pero "el astro" se debió de enterar de todas nuestras conversaciones con los pastores en los días de atrás y, pasada la Navidad, por la festividad de los Reyes Magos, nos sorprendió y terminó rompiéndonos el último tópico que nos quedaba de los muchos que habíamos oído y leído sobre esta tierra: nevó.

Aquella mañana amaneció lloviendo; poco, sólo una lluvia fina, y el cierzo que sopló con fuerza la tarde-noche anterior se había calmado. La mañana "había templado".

Antes del mediodía, una raya imaginaria cruza el cielo bardenero de Este a Oeste. Al Norte, una masa uniforme de nubes de color oscuro. Al sur, todo lo contrario: una luz blanca, que aumenta de intensidad por momentos, llena todo el, espacio, recortando tan sólo las siluetas de algunos grandes cabezos que se ven desde La Estroza.

Las nubes blancas y oscuras están un buen rato disputando sobre Las Bardenas y el color blanco acaba imponiéndose. La luz es fuerte. Caen las primeras gotas heladas, tocan tierra y desaparecen. Pasó ya el mediodía y ahora caen grandes copos. Hay viento del sur y esto parece que va en serio... No paró de nevar en un buen rato.

El Plano quedó alfombrado de nieve y en el Vedado las copas de los pinos eran negras de puro blanco que estaba el suelo. La torre del Castillo de Peñaflor parecía una cara sorprendida, con tocado blanco. Bien pudiera ser la misma Doña Blanca de Navarra.

Subimos, con cuidado, camino del Yugo para disfrutar desde allí de un paisaje que no se repite todos los años. Hacía tres que no había nevado. Las Bardenas han decidido sorprendernos mostrándonos alguna de sus caras menos conocidas, y lo han logrado. Las Bardenas no son sólo un espacio. Son también un tiempo. Cuando esto se entiende, ellas lo agradecen y te enseñan algunas caras ocultas. O puede ser, simplemente, que ellas no te enseñan nada, que lo ves porque extiendes más allá de la tierra la mirada. A lo mejor es sólo la fantasía la que te hace ver. Ya es suficiente con que este territorio de muchas caras sea capaz de despertar la fantasía. Esa es su magia.

Pero la nieve no fue un espejismo, y la tierra la agradeció. La "devoró" con apetito, pero con calma, como hacen los espíritus sosegados. Al caer la tarde no hacía mucho frío y no heló fuertemente por la noche.

La mañana amaneció nublada y antes del mediodía llovió. Con el agua se fue la ilusión de la nevada. Los caminos se pusieron difíciles y tuvimos que esperar unos días a que se secan.

La nieve que había caído en la montaña animó a Joaquín Ezquerro, el de Isaba. El tres de enero cargó sus ovejas en un camión, engancho la caravana al coche y bajó a Las Bardenas. Encerró en el Corral del Chocolatero y preparó un cercado de vallas metálicas "por si viene Ángel Fuertes, el de Burgui, que cierra en este corral, pero que anda ahora por la corraliza de Ribaforada".

También encontró nieve en el camino Juan Manuel Conget, de Casa Froilán de Urzainqui, al subir al Valle del Roncal la tarde de la Nochebuena.

- Como la carretera estaba limpia, ese día encerré un rato antes al ganado y me fui a cenar al Valle. Después fui a la Misa del Gallo y a las cuatro otra vez para abajo... No, el día de Nochevieja no subí, ¿a qué voy a subir, a bailar?

En una noche fría y oscura de un día de enero, pasadas las siete de la tarde y rodeados por los perros que no paraban de ladrar, llamamos a la puerta de su cabaña en Los Hermanos.

-Ya me iba a acostar... ¡pasad, pasad!

Una cabaña pequeña: menos de veinte metros cuadrados. A la izquierda, entrando, un fogón con dos poyos de cemento a cada lado que sirven de asientos y de camas. Por respaldo, las paredes más largas de la cabaña. Sobre el poyo que está al lado de la puerta un trozo de goma-espuma verde y sobre ella una piel, ya ahumada, que hace las veces de sábana y de manta. Es la cama de Froilán. En la misma pared, un hueco en el muro hace de alacena: un abrelatas, un cuchillo, una radio pequeña y una docena de setas. En la pared de enfrente dos baldas de madera: varios botes con alubias y con garbanzos, unas cebollas, cuatro cabezas de ajos, aceite, vinagre, un bote con sal, un espejo de mano, brocha y cuchillas de afeitarse, algunos corchos... y una mesa, sobre la que hay una botella de gas con un quemador y un par de platos. Debajo de la mesa, una caja de botellas de litro llenas de vino y dos garrafas de agua.

- El agua la traigo de la montaña; yo no bebo agua con cloro, y eso que éste es el único corral que tiene agua, que la traje de ahí, del cuartel, pero a mí no me gusta. Cuando se acaba, cojo el coche y me subo al pueblo, bajo las garrafas llenas y ya tengo para una temporada.

La luz del farol de gas que cuelga de la techumbre se pierde entre el humo, que desde el hogarín se extiende por todo el habitáculo, pasando desde el negro de la campana del tiro al gris oscuro de la pared más alejada. A media luz y con un vaso de vino en la mano, encaramos la noche al abrigo de la cabaña.

- Aquí hemos pasado muchas penas. Mira, yo a los catorce años, nada más terminar en la escuela, empecé de zagal a bajar aquí con mi padre. Tenía que hacer la lumbre, fregar los cacharros, ir por agua, a por el pan... y además ya llevaba un hatajo de ganado yo sólo. Ahora es otra cosa; cuando me parece me voy en el coche a cenar a Arguedas o a Tudela, y luego vuelvo a dormir a la hora que sea.

Las botas, con barro, junto al hogarín. Pantalón azul marino y una camisa de algodón con dibujo a cuadros. Un anorak azul con cremallera, abierto. Barba de dos días y la piel de la cara quemada por el aire. Algunas arrugas. Sesenta y tres años. Cincuenta descendiendo para invernar durante siete meses a Las Bardenas.

- Antes no había mucho dónde elegir, no era como ahora, Sí; si naciera otra vez, volvería a ser pastor. Que ¿por qué?... Mira, yo tengo un carácter que no vale para que me mande otro que sea más tonto que yo.

Tuvo novias, allá en el Valle, pero no se casó. Antes eran más en la cuadrilla: mayoral, repatán, zagal. Hoy está él únicamente.

- Para bajar y subir me ayuda un amigo jubilado que vive en Pamplona y le tira mucho esto del rebaño. Uno solo ya no puede. ¿Qué quieres que te diga? Antes éramos más, pero a veces es mejor así. De joven te llevaban "más derecho que una vela" entre el mayoral y los repatanes. Había dos o tres repatanes por cada mil ovejas, eso dependía de cada Casa. Y te trataban de cualquier manera, ¡algunas veces a estacazos! Tenías que hacer todo lo que te mandaban, los recados, recoger los cacharros, traer agua... y además ir de pastor con un hatajo de doscientas o trescientas ovejas. Aquí no se quedaba nadie sin salir con el ganado.

Nos acompaña la radio, y las voces de los tertulianos de algún programa se mezclan con las nuestras.

- Recuerdo que en el año cuarenta y cuatro se pagaba a los zagales un duro de jornal; y el zagal hacía de todo: además de cuidar un rebaño durante el día, como los demás, por la noche tenía que traer agua, encender el fuego y estar dispuesto para lo que fuera, mientras los demás estaban sentados alrededor de la lumbre.

Entre trago y trago seguimos hablando del pasado de los pastores trashumantes que todavía siguen andando por las cañadas, conociendo cómo viven ahora y qué piensan de las cosas que han pasado.

- No, la televisión no me hace mucha gracia; ¡hombre, si estoy en el bar, pues la veo! No, en casa tampoco tengo. Aquí la radio me hace compañía. Muchos días me quedo dormido con ella encendida y hay veces en que me desvelo a la luna o las dos, y así no estoy solo. ¿Leer?... pues claro que he leído algo. Mucho no. ¿Has leído tú algo de "La Cuadrilla del Arco Iris", de Julio Verne?; "El Quijote" sí lo he leído. Y viajar también me gusta, -claro que me gusta! El año pasado, por las fiestas de mi pueblo, me fui cinco días a Madrid.

¿Qué me va a parecer...?, me gustó mucho. Estuve en el museo del Prado y me gustó, lo que pasa es que no entiendo de pintura, pero ¿cómo no me va a gustar?, y también estuve en El Escorial y en el Valle de los Caídos. No he salido mucho, pero ¡ya me gusta, ya! En Sevilla estuve cuando la Expo, y en Valencia. Algo ya he andado, ya,, No, al extranjero, no..., bueno, a Lourdes fui una vez... Sí, soy un hombre religioso a mi manera... ¡Claro que voy a misa! Aquí no, porque no puedo.

Recordamos sus años en la escuela, los primeros días en Las Bardenas, su juventud, el año en que empezó a darle molestias la artrosis y los dolores que le causa la gota. Hablamos del ordeño en la muidera y del queso, de las migas para almorzar, del último programa escuchado en la radio, de las canciones de Marifé de Triana y de la Pantoja, de las jotas, del vascuence que se perdió y de los jóvenes.

- En mi pueblo no hay cuatro jóvenes; me parece a mí que ahora lo tienen todo y les gusta gastar mucho y trabajar poco. No se les ve mucho ánimo. Nosotros éramos más finos para trabajar; eso ni que decir tiene. Pero la vida seguir e iremos a mejor, no vamos a ir para atrás. Y dinero hay, no creas que no.

Y así fuimos matando la tarde-noche: hablando de las cosas de hoy y de sus años de zagal en Las Bardenas, de los días de cañada, de los ratos malos y de los buenos.

- A mí me tocó poco ir a la casa de La Severina; algunas veces me mandaban con un burro a por pan, y cuando marchábamos de cañada, siempre parábamos a ordeñar y dejábamos allí la leche. De eso te contarán más cosas los que están por aquella parte, desde Cornialto a La Cruceta, al lado de la cañada... Bueno, ya es hora de dormir, que anoche bajé a Tudela y me acosté tarde.

Son las nueve de la noche. El negro de las paredes se apodera de la cabaña con la media vuelta de la llave del gas.

- Me despierto a las dos o las cuatro, y algunos días ya no me vuelvo a dormir. ¿Qué pienso?... ¿Qué voy a pensar?: en las ovejas... En lo demás pienso poco... ¡Aquí ya lo tengo todo hecho! ¿No dicen que hay otra vida?, pues en ella pienso; aunque ésta me da más que pensar.

En la radio cuatro contertulios hablan de política y de economía. Algo le pasa a la peseta, dicen, Froilán se acuesta sobre la piel amarillenta. Fuera, el cierzo se ha llevado las nubes. Las estrellas brillan. Mañana el agua de los charcos estar helada y Froilán empezar la jornada a las seis de la mañana, como todos los días.

La mañana salió clara y con cierzo fuerte.

Los hielos de enero han acabado con el pasto de Las Bardenas. Muchos rebaños marcharon a las corralizas de los pueblos para apurar las alfalfas hasta marzo y los campos recién cosechados de maíz en los regadíos, y aprovechar los rastros de cebada en el secano. Los pesebres se llenan de maíz cada mañana antes de salir al campo, al tiempo que los corderos de los partos más tardíos siguen mamando.

RETRATO DE UN TRASHUMANTE NAVARRO

Ha nacido en cualquiera de los pequeños pueblos de los valles de Roncal o de Salazar, en una época en la que nacer varón allí suponía nacer pastor.

En sus imágenes de la niñez recuerda a su padre cuando se despedía en septiembre y a quien ya no volvía a ver hasta el verano. Junto a su padre desaparecían también todos los hombres del pueblo y los muchachos mayores. También las ovejas. Julio oía hablar de que se iban a Las Bardenas, que para él era un país muy lejano.

Ya en la escuela supo por qué todos los otoños desaparecían los pastores del pueblo: los maestros contaban la historia de una encarnizada batalla en la que los toncaleses derrotaron a un rey moro y, en agradecimiento, el rey cristiano permitió que todos los años, hasta el final de los tiempos, cuando las nieves cubrieran las cumbres del Pirineo, ellos, los roncaleses, pudieran llevar sus ovejas a Las Bardenas, tierras más c lidas, llenas de hierba.

En los veranos le gustaba subir a la montaña a buscar a su padre por los alrededores de su cabaña. Así aprendió a distinguir las huellas del oso, a hacer queso con la leche de las ovejas recién ordeñadas, y fue familiarizándose con todas las mañas para manejar el ganado. Secretos que no se enseñaban en la escuela.

Y llegó el gran momento. Su padre le tenía dicho que cuando acabara los estudios en la escuela iría con él a Las Bardenas. Tenía trece años y faltaba una semana para San Miguel.

Aquella madrugada, con un orden ritual, casi sagrado, colocó los grandes cencerros en el cuello de los chotos para que éstos guiaran con su sonido al rebaño. Sobre el burro cargó las pieles, las mantas y un saco con unas cuantas hogazas de pan, dos quesos y un trozo grande de tocino. Y se despidió de su madre hasta la primavera. Por fin iba a viajar por la cañada, ese milenario camino que llevaba a Las Bardenas y que todos los pastores estaban obligados a conocer para evitar conflictos por pisar las tierras colindantes.

Por eso llevaría los ojos muy abiertos y se fijaría en cada piedra hincada en la tierra que, desde siempre, señalaba el verdadero camino.

Miró por última vez la cumbre del Orhi, blanca con la primera nevada del año. Pasó con respeto cerca de Vidángoz, pueblo del que había oído contar muchas historias de brujas, y por encima de Burgui, para subir el Alto de Melluga. Cruzó las hermosas praderas de Ollate, donde su padre le enseñó un túmulo, tumba de antiguos pastores. Durmió junto a las paredes de una borda donde unos cuantos años antes murieron tres maquis. Descendió por el empinado Portillo de Leyre hasta el monasterio, dentro de cuyas ruinas encerraron el ganado. Pasó por Yesa y por Sangüesa. descubrió misteriosas cruces grabadas en las encinas más viejas. Cruzó un río y subió la Sierra de Peña para bajar a las llanuras de Cáseda y Carcastillo. Y por fin llegó a Las Bardenas al amanecer del día de San Miguel.

Han pasado cuarenta años y el próximo año volver a recorrer el mismo camino dos veces: en septiembre hacia el Sur y en mayo hacia el Norte. Es la vida del pastor trashumante.

Froilán calentó agua en el quemador de gas y puso en la mesa un par de vasos, un bote de café instantáneo, azúcar y dos cucharas. Se calzó los calcetines de lana y las botas, subió la cremallera del anorak azul marino y se puso la boina que colgaba de un clavo en la pared. Después se cubrió con la capucha del anorak y la ciñó al cuello.

Cuando marchamos por el camino de Las Cortinas vemos a Froilán llenando los pesebres de maíz para que coman las ovejas vacías. En el corral están mamando los corderos.

Sin dejar de bordear el Polígono de Tiro, pasamos por el Corral de La Junta, y el del Truco para tomar el camino que sube por el Barranco del Canto a Juntarse con la Cañada de los Roncaleses, y en el Corral del Caldero vemos a José Antonio Artuch, del Roncal, que bajó a vivir a Arguedas, recogiendo las garrafas del agua que habían rodado con el aire de la mañana.

- Mal aire anda hoy, así que no me extraña que el ganado sufra. Hay que tener mucho cuidado ahora con "el pelo". ¿Sabéis lo que es eso? Entrad al corral.

Junto a la pared hay una oveja tumbada: las tetas hinchadas y rojas. La infección sube de los pezones hacia arriba.

-Ya le hemos puesto penicilina; la fiebre la ha dejado deshecha. No creo que se muera porque la hemos cogido a tiempo. Si el pastor es como tiene que ser, pues enseguida ve que la cara se le "eriza" al animal, que está como triste, que algo le pasa y entonces hay que ponerle la inyección. Vamos a la cabaña, que estaremos mejor... No, prisa no tengo ninguna. Se ha marchado el hijo con el ganado y yo quedo por aquí a recoger un poco las cosas.

El fogón apagado. Restos del almuerzo en la mesa. Un par de botellas de agua y una bota. Un cuaderno y un bolígrafo. Dos columnas de números: ovejas vacías y paridas. Las fechas. El diario de los partos.

- A mí me hicieron bajar de pastor con trece años, el día ocho de enero del año cuarenta y seis, pero antes

ya había bajado de cañada, con once años, y cuando llegamos aquí me mandaron solo con un burro para arriba. "Tú deja al burro solo, que sabe subir", me dijeron; y claro que me subió, aunque le costó un par de días.

Hablamos de mil novecientos cuarenta y seis, año en que nevó mucho en Las Bardenas; el campo estuvo todo el invierno con nieve y llovió mucho en marzo. Aquel año se cogió la cosecha del siglo y algunos pastores subieron a la montaña en enero, y allí no nevó en todo el invierno...

Le preguntamos por la Casa del Pan, en El Cubilar:

- La casa que hay ahora la hicieron ellos en el año cuarenta y nueve. La mujer se llamaba Agustina pero le decíamos "la Severina", porque su abuelo, que se llamaba Severino, vino aquí antes de la guerra, desde un pueblo de Soria; por eso la llamaban también "la castellana". Aquí tuvo siete hijos: cuatro chicas -Dora, Paquita, Angelita y Luisa y tres chicos -Jesús, Gonzalo y Rafael-, y en la cabaña vieja, que aún se conserva, antes de hacerse la casa, los crió a todos. Si queréis os acompaño y veréis lo que es aquello.

Subimos desde El Caldero hasta El Cubilar, hablando de la vida de los pastores en los años de posguerra, y de las cenas que preparaban con los agricultores que dormían en las cabañas, ("patatas con bacalao, conejo, alguna oveja ..."), de los viajes andando o en burro a por el pan a la Casa de la Severina y del camino recorrido también con el burro, por la noche, para ir a buscar un par de sacos de cebada para los animales, escondiéndose de los guardias, "que si te cogían te lo requisaban", en los años del hambre y del estraperlo

- Aquella mujer lavaba la ropa a los pastores y amasaba pan; por eso decíamos "la casa del pan". A mí me ha tocado subir desde La Negra. En el verano nos compraba la mujer la harina y luego nos amasaba durante el invierno. Yo arrancaba a las diez o las once de la mañana del Estrecho, hacía noche en "la casa del pan", y a la mañana siguiente cargaba quince panes de a dos kilos y bajaba. Y con ellos teníamos para quince o veinte días.

La vieja cabaña sirvió de casa a la familia numerosa; de tahona en los años del estraperlo para los pastores trashumantes roncaleses y salacencos, y para los agricultores que sembraban en Las Bardenas; de bar, casino y baile en veladas de juerga vividas a la luz del candil, en las que más de un agricultor y algún pastor perdieron la hijuela tras una noche marcada por "el julepe", con aquellos naipes mugrientos por tantas manos como los acariciaban en busca de fortuna.

Las paredes ahumadas de la casa del pan han cobijado muchas juergas de pastores y de agricultores, que, en sus escasos cincuenta metros, vivían sus ilusiones durante los años del hambre, en la posguerra.

- No te creas que no se ha jugado en esta casa; más de un agricultor se arruinó aquí, porque algunos se jugaban hasta la cebada de la mula al julepe o al subastao. Hubo quien se jugó hasta la reata de mulas. Y algunos pastores, que les gustaba también, no creas que no han dejado perras aquí. Casi todas las noches se montaba el corro.

Imaginamos dentro de la vieja cabaña las voces roncadas de los pastores y de los agricultores al echar el "arrastro" en busca del palo que pintó de mano. Se mezclan en nuestra imaginación con el sonido bronco de la gramola, que suena después de darle varias vueltas al manubrio, arrancándose con aquello del "trébole, trébole, trébole ... " con el que bailaban pastores y agricultores con las hijas/niñas de la Severina, buscando matar, a duras penas, la soledad de tantas noches vividas bajo cualquier piedra.

- Amasaban diariamente una saca de pan, de aquellas sacas de cien kilos. Cernían la harina, amasaban en la artesa que estaba en ese rincón -indica José Antonio con la mano y cocían en un horno que había al lado del fogón. Ella se apañaba para conseguir la harina en aquellos años del estraperlo. Y algunas noches guisaba una gallina, un pollo o algún conejo, y nos juntábamos allí a cenar unos cuantos pastores, y se montaba la juerga. Un duro nos cobraba por la cena, y una peseta por el aceite del candil. Y cuando terminaron la casa nueva nos dio una fiesta el día de la inauguración: hubo cena, café, copas, canciones y guitarras, y medio chispas, fuimos al ganado por la mañana. Ganó dinero por entonces aquella mujer. Pero hay que ver lo valiente que era... Sí, el marido trabajaba a jornal, de pastor a temporadas y con algún agricultor. De todo hacía el hombre. Y tenían animales en el corral que había al lado de la cabaña.

Del corral de la casa sólo quedan algunas piedras y el horno se ha hundido. Sin embargo, la vieja cabaña, con el hogarín y dos cuartos separados por un tabique sin puertas, todavía aguanta. En ella pasa las noches ahora un extremeño que va de pastor con los hermanos Zubiría, de Figarol, en Carcastillo.

En aquella casa encontraban los pastores algunas cosas que necesitaban; la Severina las traía de Carcastillo o de Sádaba en un carrito del que tiraba una burra; y hasta allí llegaban muchos zagales, después de andar una o dos horas, a buscar el pan, el aceite o el vino, y algunos rabadanes y mayorales, a echar un trago, cenar un pollo, bailar al son de la gramola o quemarse las pestañas con las cartas a la luz del candil, si se terciaba.

Los pastores, que dejaban el calor de su casa en la montaña, siempre tuvieron en Las Bardenas una cabaña a la que ir: unas veces a buscar el pan, el vino y el aceite; otras, a buscar la compañía de otras gentes con las que matar la soledad de tantos días de invierno bardenero.

Cabañas que vendían pan y en las que encontraban compañía, como la de la Severina hasta los años sesenta; otras en las que podían comprar el amor cuando querían hacerlo, como en la del Corral de Juan Obispo, en los setenta; igual que hoy en los modernos clubs de carretera a los que acuden algunas noches en las que la soledad se siente en el silencio de Las Bardenas, apenas roto por el paso del zorro que ronda el serenado en busca de la oveja recién parida.

Siempre hay una casa y una cabaña en la vida del pastor trashumante. Y para los pastores salacencos y roncaleses la casa en el Valle, allá e la montaña, es mucho más que el edificio que alberga a la familia. La Casa es también las huertas y los prados, el derecho de pastos y el ganado. La Casa articuló su sociedad y organizó la vida cotidiana en la montaña.

A cada pastor se le conoce por el nombre de su Casa: Chamar, Ezquer, Bilach, Cabila, Churrus, Chauchi, Maestro Zarra, Sastre, Cabezón, Juanchu, Currío, Arguedas, Froilán, Arroch, Juan Soldado, Pedro León y Cuchatera, son casas roncalesas de pastores trashumantes; Gilco, Cruchaga, Catalejandúa, Chardoí, Erville, Arguiña, Argoinch y Chacos, son casas de pastores salacencos trashumantes.

Las Casas más grandes ya no tienen rebaños; los hijos dejaron el oficio pastoril. Muchos de los pastores que hoy siguen bajando a Las Bardenas sirvieron en algunas de ellas: Anica, Larranz y Argoinch, del Salazar; Sancho Grande, Marco, Cruchaga..., del Roncal. Casas en las que todavía se conservan, en cualquier arcón tallado, los viejos cuadernos de cuentas en los que el amo apuntaba las incidencias del viaje por la cañada, contadas por el mayoral, los diferentes sueldos de los repatanes, de los zagales y de otros trabajadores en la jerarquía pastoril; viejos cuadernos con los que se bajaba a Las Bardenas en la época de paridera y en los que se registraba el número de corderos vendidos, el jornal de los esquiladores y el precio de la lana y del queso. Viejos cuadernos de cuentas que testimonian toda la vida de una Casa.

Cada familia se procuraba la continuidad patrimonial dejando la Casa (vivienda, fincas y ganado) a un sólo hijo o hija, "que se queda para la Casa", y que no tenía por qué ser el mayor, mientras que a los demás se les daba la dote, unas veces en dinero y otras en ganado.

Los hermanos del heredero o heredera que permanecían solteros se quedaban en la casa paterna, pero carecían de propiedad; se llamaban los donados, y no podían representar a la familia en ningún acto. En el Valle del Roncal, cuando algún hermano del heredero/a se empleaba de pastor para algún amo (etxejojaun) de otra Casa, sus padres le entregaban la señal, consistente en una docena de ovejas, o menos, que luego su amo le permitía llevar con su rebaño, y con esa señal y el pago en especie iba haciendo su propio hato. En el Salazar, por el contrario, los hermanos solían quedarse como pastores en su propia casa, administrando la propiedad de las ovejas que les correspondieron en la dote.

El reparto de la herencia quedaba recogido en las capitulaciones que se firmaban ante el notario de la localidad más próxima, y en ellas se preveía todo el funcionamiento de la Casa, incluidos los gastos de entierro del padre de familia.

La autoridad dentro de la Casa se encontraba repartida entre el matrimonio -amo y dueña (Ctxejoandre)-; era muy importante el papel desempeñado por la madre, que se acentuaba en el caso de seguir siendo ella la heredera de la Casa tras haberse casado con uno de los hijos de otra Casa que sólo aportó al matrimonio

la dote.

La dueña se encargaba de toda la organización de la Casa. Con ello se trataba de mantener el equilibrio que hasta entonces había garantizado la subsistencia familiar y se aseguraba la continuidad patrimonial.

Los pastores más viejos han vivido esa forma de repartir la herencia y de perpetuar el patrimonio. Algo que ya casi no se hace, aunque todavía algunas Casas en la montaña siguen con esta vieja fórmula de preservar su continuidad.

- ¿Sabes lo que pasó en nuestra tierra?, pues que, como había tanta riqueza en ganadería y en la madera, corría mucho dinero; y allí la gente, ya antes de la guerra, acostumbraba a mandar a los hijos a estudiar fuera. Y claro, los hijos que marchaban a estudiar ya no quedaban para la Casa. Todavía durante unos años esas Casas grandes pudieron mantener los rebaños, porque subieron muchos pastores de Luecia, de Uncastillo y de otras zonas de Navarra y de Aragón, Casas de hasta cinco mil ovejas. Pero luego llegó la industria a las capitales, y muchos de aquellos pastores se marcharon y algunos otros se establecieron por su cuenta. Hasta los años cincuenta aún había mucho ganado en los Valles, pero luego la gente se marchó.

Al abrigo del cierzo, en la Casa del Pan, comemos un poco de chorizo y echamos un trago de la bota mientras pasamos la mañana hablando con Artuch, de Roncal, de los recuerdos de la Casa en la montaña, de algunos papeles viejos que guarda por casa y de varios libros leídos que cuentan historias de su Valle.

Más de cien mil cabezas de ganado lanar (64.648 ovejas, 24.895 carneros y 33.871 corderos y cabritos) había en el Valle del Roncal en el año 1634, dice Idoate Iragui (5).

Hoy no hay en el Valle del Roncal más de veinte mil ovejas madres y poco más de veinticuatro mil en el de Salazar. En los últimos cincuenta años la cabaña de ovino se

(5) El censo del año 1817 dio 85.700 cabezas en el Valle: 28.000 en Uztarroz, 20.500 en Isaba, 15.300 en Urzainqui, 8.500 en Garde, 7.800 en Roncal, 3.600 en Vidangoz y 2.000 en Burgui. Madoz, al hablar del Valle, dice: "el censo del ganado lanar se calcula en 90.000 cabezas, que cinco meses solamente pueden estar en el país y los siete restantes van a tierras templadas y a Las Bardenas, donde tienen goce los naturales del Valle por haber sido conquistada la propiedad a costa de su sangre en la batalla de Ocharra".

ha reducido a la mitad en estos valles.

Lo mismo ha ocurrido con la población: los dos valles, que mantuvieron en crecimiento su población hasta finales de los años cincuenta (4.830 en el Salazar y 4.250 en el Roncal en el año 1940), reúnen actualmente apenas cuatro mil personas entre ambos (2.193 en el Salazar y 1.554 en el Roncal).

Como en tantas otras zonas de montaña, con gran riqueza ganadera en el pasado, la fuga de capitales precedió a la fuga de los hombres; las grandes Casas dejaron de tener rebaño y muchos repatanes y mayoresales accedieron a la propiedad. Algunos de éstos son hoy amos y pastores, y todavía siguen recorriendo las cañadas que unen los valles con Las Bardenas.

Cuando empieza a caer la tarde dejamos Las Bardenas y en Arguedas, en la casa de Artuch, empezamos a leer los papeles "que guarda, como joyas, la mujer" y que cuentan historias de pastores y leyendas de los Valles.

Con ellos, al abrigo del cierzo que sopla en Las Bardenas, el mismo que por la mañana inclinaba hacia el sur los espartines que cubren estas tierras y hacía correr las matas secas de sisallo por la tierra reseca que rodea la Casa de la Severina, o la Casa de la Castellana, o la Casa del Pan, que de todas estas formas llamaban los pastores a la vieja cabaña del Cubilar, al lado de la Cañada de los Roncaleses, pasaremos los días de helada, embebiéndonos en sus saberes.

Tiempo mejor habrá para volver a andar las cañadas, las traviesas y los ramales, y pasar las noches en las cabañas.